



ARREBATADOS POR EL ESPÍRITU SANTO

Carta del Abad General OCist para Pentecostés 2020

Queridos,

Aunque en muchas naciones se está iniciando una fase de recuperación de la vida social, cultural y económica, que durante muchas semanas ha sido detenida por la epidemia de coronavirus, persiste para todos nosotros un estado de inseguridad y de reducción de las relaciones humanas que nos acompañará durante mucho tiempo. En el confinamiento romano que vivo desde hace más de dos meses, además de rezar en comunión con todos, medito siempre sobre el sentido de esta experiencia, sobre aquello que nos quita, nos da y nos pide. Ya en dos cartas he tratado de compartir esta meditación con vosotros, y ahora me siento impulsado a hacerlo también a través de la tradicional Carta de Pentecostés, consciente de que todos anhelamos, hoy más que nunca, algo nuevo que sólo el Espíritu Santo puede crear y dar. Como lo expresa el Salmo 103: “Envías tu espíritu, y los creas, y renuevas la faz de la tierra” (Sal 103,30).

En mi primera carta *-Deteneos y reconoced que yo soy Dios-*, me daba cuenta de que este tiempo nos pide que nos detengamos y reconozcamos que Dios es el verdadero sentido y la plenitud de nuestras vidas. En mi carta de Pascua *-La salvación está presente-* me ayudó la imagen del camino en el desierto en el que la dirección no está indicada por un horizonte lejano, sino por la presencia del Señor en la nube. Me preguntaba: ¿Nos dejamos guiar por la presencia de Dios? Y recordaba, con el Papa Francisco, que la presencia que nos acompaña es Cristo resucitado que vive junto a nosotros. Viviendo la familiaridad con Él, abrazándolo aquí y ahora, en su palabra, los sacramentos, la comunión fraternal y la acogida de los pobres, el camino se abre ante nosotros a cada paso y podemos anunciar al mundo la esperanza de una salvación real.

Una nueva expectativa

¿Pero cómo se produce todo esto después de la Pascua de Resurrección?

El evento de la Resurrección de Jesús no sólo cambia la respuesta a nuestra expectativa, sino la expectativa misma. Jesús resucitado es una realidad que cambia la forma de nuestra expectativa, de nuestro deseo, también de la expectativa de que la difícil situación en la que nos encontramos ahora se resuelva en todos los niveles.

El inicio de los Hechos de los Apóstoles describe la nueva dimensión en la que nos encontramos desde la Pascua: “Se les presentó él mismo después de su pasión, dándoles numerosas pruebas de que estaba vivo, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del reino de Dios. Una vez que comían juntos, les ordenó que no se alejaran de Jerusalén, sino ‘aguardad que se cumpla la promesa del Padre, de la que me habéis oído hablar, porque Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo dentro de no muchos días’” (Hch 1,3-5).

El tiempo de la Iglesia es un tiempo en el que Cristo vive entre nosotros y conversa con nosotros sobre el reino de Dios. Jesús continúa esta conversación con nosotros, sentado con nosotros en la mesa de la comunión eucarística y fraternal, centro vivo de toda comunidad cristiana. Y es precisamente en el corazón de esta experiencia que Cristo nos pide “aguardar el cumplimiento de la promesa del Padre”, la de ser “bautizados con Espíritu Santo”, es decir, pasar de la muerte a la vida gracias al don del Paráclito. El Espíritu nos es dado para pasar de la muerte, el pecado y el miedo, a la nueva vida que el Resucitado quiere comunicarnos.

Debemos esperar siempre este renacimiento, no porque deba ocurrir en el futuro, sino porque no viene de nosotros, no es nuestra obra, sino una gracia dada desde arriba. Jesús nos lo explica, siempre al principio de los Hechos: “No os toca a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre ha establecido con su propia autoridad; en cambio, recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta el confín de la tierra” (Hch 1,7-8).

Nosotros no sabemos cuándo y cómo se realiza el Reino de Dios, la redención del mundo en Cristo. Sabemos con certeza que el Reino se realiza en el don del Espíritu Santo que nos hace testigos de Cristo resucitado.

Jesús entonces pide a los discípulos que se pongan en actitud de espera y súplica del Espíritu Santo. Incluso el estar encerrados en casa, como nosotros en este tiempo, Jesús no lo pide por miedo a los peligros que esperan a los discípulos fuera del Cenáculo, sino para que puedan enfrentarse a ellos con la fuerza del Espíritu. La fuerza del Espíritu es el amor de Dios.

Esta es la novedad que siempre debemos esperar, siempre pedir, siempre acoger. No hay nada más nuevo que la posibilidad de dar testimonio de Cristo sin miedo, impulsados y llevados por una fuerza que es el Amor de Dios en Persona.

El soplo del Resucitado

Todo el misterio pascual se resume y se revela en el momento en que Jesús, en la tarde de Pascua, se aparece a los discípulos en el Cenáculo, “mientras las puertas estaban cerradas” y, soplando sobre ellos, dice: “Recibid el Espíritu Santo” (Jn 20,22).

Jesús es el Crucificado que ha vencido la muerte y el pecado. Él es el Viviente que muestra las heridas de sus manos y su costado. Dice “¡Paz a vosotros!”: su presencia es la paz de Dios dada a la humanidad, que entra no sólo donde el miedo nos encierra, sino en nuestros corazones temerosos y tristes, en nuestros corazones incapaces de creer que Dios siempre puede vencer la muerte y el mal, la división y la guerra, el desprecio y el odio que asfixian a la humanidad. Por eso, Cristo resucitado nos llena el corazón de alegría: “Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor” (Jn 20,20b).

Jesús, sin embargo, no se contenta con estar ante nosotros; quiere entrar en nosotros para animarnos con la vida divina que comparte eternamente con el Padre: "Sopló sobre ellos y les dijo: 'Recibid el Espíritu Santo'" (Jn 20,22). Este don no se limita a dar a los apóstoles la facultad de perdonar los pecados (v. 23), sino que quiere llegar a todo ser humano para hacerle renacer. De hecho, Jesús renueva aquí el soplo vital con el que Dios animó a Adán en el origen: "Entonces el Señor Dios modeló al hombre del polvo del suelo e insufló en su nariz aliento de vida; y el hombre se convirtió en ser vivo." (Gén 2,7)

La Pascua quedaría para nosotros como un evento estéril del pasado si no acogiéramos siempre al Resucitado una y otra vez, que nos hace renacer con el soplo del Espíritu Santo. La novedad en nuestra vida, y por tanto en la vida de la Iglesia y del mundo, depende totalmente del modo en que acogamos personal y comunitariamente al Señor Crucificado que está ante nosotros real y vivo, dándonos "sin medida" (Jn 3,34) el único soplo de vida capaz de vivificar, en nosotros y en todos, la humanidad nueva, filial y fraterna para la que hemos sido creados.

A menudo nos engañamos al pensar que acogemos con una medida nuestra, con interés nuestro, el don sin medida que Cristo sopla sobre nosotros. En el Nuevo Testamento hay varios ejemplos de personas o comunidades que han tratado el don del Espíritu con mentiras, orgullo, negligencia y mezquindad, eligiendo así la muerte en lugar de la vida (cf. Mt 12,31-32; Hch 5,3; Hch 8,18-20; Ef 4,30; 1Tes 5,19).

Es necesario entonces que permitamos que este Don infinito dilate e incluso rompa la medida de nuestra capacidad de acoger, esto es, de nuestro corazón y nuestra vida. Pero esto también es gracia, del mismo modo como el corazón inmaculado de la Virgen se formó por la gracia de Dios para acoger sin reservas la Encarnación del Verbo por el Espíritu.

Esto no sucede en nosotros de una vez por todas, del mismo modo como para vivir debemos repetir constantemente el acto de respirar. El Resucitado permanece siempre con nosotros en la Iglesia y en nuestro corazón soplando el don del Espíritu, para que en cada momento podamos acoger de Él la vida nueva. Todas las prácticas de la vida monástica, que ponen de relieve las prácticas de toda vida cristiana, podemos entenderlas y vivirlas como una respirar continuo el don del Espíritu que el Resucitado sopla sobre nosotros.

San Antonio del Desierto, padre de los monjes, antes de morir aconsejó a sus discípulos: "¡Respirad siempre a Cristo!" (San Atanasio, *Vida de Antonio*, 91,3). Podemos vivir esta invitación a la oración continua pensando que estamos llamados a respirar siempre el soplo de Cristo que nos comunica su vida, su amor, su sabiduría, es decir, el don del Espíritu Santo que es Señor y da la vida.

Una vida verdaderamente nueva

"Nada será igual", nos decimos todos en esta gran crisis pandémica. Pero todos se preguntan cómo el mundo volverá a empezar después de esta parada tan impredecible y universal. Se necesita algo nuevo. ¿Pero quién puede definirlo? ¿Quién lo sabe? ¿Qué novedad necesita la sociedad, la economía, la cultura, la educación? ¿Qué novedad necesita la Iglesia en su misión en el mundo y en la historia?

Muchas personas, familias y comunidades han vivido experiencias profundas, dramáticas y a veces muy dolorosas durante este tiempo. La enfermedad y la muerte, la inseguridad y el miedo, de una forma u otra, nos han tocado y, queramos o no, siguen siendo compañeros de viaje. ¿Qué cambio de vida y de corazón puede ser coherente con esta experiencia? ¿Qué novedad puede nacer adecuadamente de ella?

Sabemos muy bien que, aunque la situación en la sociedad pueda cambiar rápidamente, los corazones son más difíciles de cambiar. Pero si los corazones no cambian, todos los demás cambios, incluso epocales, permanecen estériles. Los cambios en la historia que no van acompañados de una conversión de la conciencia y la libertad se reducen a cambios geológicos en los que el hombre pierde su vocación y dignidad como sujeto del universo, y se ve abrumado por circunstancias externas como lo fueron los dinosaurios. Pero si el corazón no cambia por sí mismo ni tan siquiera por la influencia de factores externos, ¿cómo podrá renovarse? Necesitamos algo nuevo que, aunque no venga de nosotros, nos toque en lo más hondo.

Me sorprende de una manera nueva la última escena del Evangelio de Juan, porque comienza con un "regreso a la vida normal". Después de la gran agitación que produjo en su existencia el encuentro con Jesús y la vida con él, su muerte y su resurrección, vemos como siete discípulos parecen haber vuelto a la vida de antes: "Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, apodado el Mellizo; Natanael, el de Caná de Galilea; los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: 'Me voy a pescar'. Ellos contestan: 'Vamos también nosotros contigo'. Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada." (Jn 21,2-3)

¡Pero cómo! ¡Después de todo lo que ha pasado, vuelven a vivir así, como si el acontecimiento de Cristo no hubiera cambiado nada! ¿Así que nada puede sacudir la banalidad de la vida humana? ¿Es realmente tan imposible vivir una vida nueva?

Esta escena, sin embargo, se nos da para resaltar lo que es el verdadero factor de novedad para nuestra vida, en cada situación y condición. En primer lugar, nos hace entender que la novedad no viene de nosotros. La novedad es imposible para el hombre. Dejado a sí mismo, el hombre sólo produce realidades decadentes y cerradas, viejas desde su nacimiento.

Pero esta escena nos ayuda a comprender sobre todo que la novedad que necesitamos no es que la situación cambie en sí misma, ni que nosotros cambiemos. La novedad es siempre y sólo la presencia de Cristo resucitado. Si un nuevo viento debe venir a cambiar y renovar el curso de nuestro barco, éste sólo puede consistir en el soplo de vida que el Resucitado viene a transmitirnos mirándonos, hablándonos, amándonos. Al principio, no reconocemos esta presencia, y nos parece que incide poco en nuestra vida cotidiana. Hemos pescado toda la noche sin tomar nada, y que Cristo nos llame desde la orilla del lago nos parece un hecho irrelevante, sin efecto en nuestra existencia. De hecho, no esperamos nada nuevo. Pero su presencia, su palabra, su amor por la fecundidad de nuestra vida logran penetrar y renovar nuestra situación incluso antes de que lo creamos. Una novedad nos sorprende, porque no la habíamos ni pedido ni esperado. Sólo después de la pesca milagrosa, uno de ellos, "ese discípulo al que Jesús amaba", reconoce la fuente del cambio en sus vidas: "¡Es el Señor!" (Jn 21,7).

Cuando un niño es sorprendido por algo bello, abre instintivamente la boca y toma una inhalación profunda y rápida que dilata sus pulmones. Es como si fuera golpeado por un fuerte viento. Imagino que San Juan gritó "¡Es el Señor!" con este asombro. Ha llenado sus pulmones y su corazón con el soplo del Resucitado, y su amorosa confesión de la presencia de Jesús "exhalaba" y difundía este don, dando testimonio a sus amigos y a toda la realidad circundante.

"¡Es el Señor!": este grito fue como el amanecer del sol en una mañana gris, y todo se llenó de luz y belleza. El mundo se renueva por aquellos que reconocen a Cristo.

Sólo así la vida se renueva verdadera y continuamente. No por nuestra iniciativa, no por nuestro proyecto, no por técnicas, tácticas o revoluciones concebidas por los hombres, sino dejándonos investir por la sorpresa del Resucitado que, con su presencia, su palabra, su mirada, su amor, viene a soplar el don del Espíritu en nuestra vida monótona y estéril.

El Resucitado pobre y hambriento

Pero esta escena del Evangelio requiere una atención aún más delicada por nuestra parte. ¿Cómo se presenta Jesús resucitado a sus discípulos? Tal vez no nos demos cuenta de que Jesús aparece aquí como un pobre que tiene hambre: "Muchachos, ¿tenéis pescado?" (Jn 21,5a). El glorioso Señor se presenta como un humilde mendigo hambriento.

Los discípulos no tienen nada que darle, ni tan siquiera una respuesta amable: "Ellos contestaron: 'No'". (Jn 21,5b). El pobre que pide, molesta; y si pensamos que no tenemos nada que darle, se le echamos en cara como si fuera su culpa.

Jesús se presenta como un pobre que pide ayuda a los pobres. Pedro y sus amigos, sin embargo, aún no han aprendido que cuando Jesús pide de esta manera, antes de enseñarnos a dar, nos enseña a pedir. Nos enseña la pobreza. Él sabe que no tienen nada que comer, ni para ellos ni para él, pero precisamente por eso quiere que se unan a él para pedirlo todo al Padre. Cuando les ordena tirar la red a la derecha de la barca, Jesús lo hace ciertamente pidiendo al Padre este "pan de cada día", y el Padre responde inmediatamente, sin medida, tanto que en siete hombres apenas consiguen levantar la red llena de peces (cf. Jn 21,6)

Es así como Cristo nos enseña a pedir el Espíritu Santo, a pedir el amor. Poco después, Jesús se muestra de nuevo como el humilde pobre que no sólo mendiga comida sino también amor, y lo mendiga precisamente al discípulo que más le ha faltado de amor, negándole: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?" (Jn 21,15)

Cristo nos enseña que la pobreza que aceptamos compartir con él es espacio de apertura al don del Padre, el Espíritu Santo. El don del amor a Cristo es la gran pesca milagrosa que podemos pedir continuamente y aceptar, sin medida, de la fuente inagotable de la Santísima Trinidad.

El Resucitado nos enseña a aceptar nuestra pobreza ante la suya. Su pobreza es la nuestra, la pobreza que asumió al hacerse hombre y morir en la Cruz. Todas nuestras necesidades, de pan, de ayuda, de cuidados, las hizo suyas. Pero, sobre todo, ha hecho suya toda nuestra necesidad de ser amados.

Descubrir que en Cristo se encuentra nuestra necesidad nos hace estar atentos a la necesidad de todos. Descubrimos que en nuestra pobreza y en la pobreza de nuestros hermanos y hermanas, Cristo está presente, Cristo nos llama, Cristo nos espera. Para que al responder a la necesidad de cuidado y amor del otro podamos sorprendernos de encontrar el Resucitado, podamos abrir los ojos y gritar: "¡Es el Señor!"

San Benito pide vivir la acogida en el monasterio de esta manera: "Sobre todo al acoger a los pobres y a los peregrinos hay que tener una gran solicitud, porque Cristo es acogido más plenamente en ellos" (RB 53,15).

¿Qué puede ser más nuevo y grande en nuestras vidas, en nuestras comunidades, en la Iglesia y en el mundo que la gracia de acoger a Cristo, de acogerlo cada vez más plena y verdaderamente en la pobreza de nuestro prójimo, cercano o lejano, que nos llama?

La riqueza del pobre

No tenemos que preocuparnos por tener ya lo que tenemos que dar. El espacio de acogida de Jesús pobre en el pobre que se vuelve hacia nuestra pobreza es la capacidad que el Espíritu quiere llenar de dones, de amor. El milagro es este: el don de Dios en nuestras manos vacías, en nuestros corazones miserables.

San Pedro, después de Pentecostés, siempre vivirá así, como Jesús: como un pobre que lo mendiga todo y lo recibe todo del Padre. Vivirá unido a la pobreza de Cristo que sabe responder a cada pobre con la superabundancia del Don de Dios. Pedro le dirá al mendigo tullido de la Puerta Hermosa del templo: "No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo, el Nazareno, ¡levántate y camina!'. Y agarrándolo de la mano derecha lo incorporó." (Hch 3,6-7)

¡Qué pobreza y qué riqueza! ¡Pedro no tiene nada y lo da todo! Dar a Cristo, Cristo que cura y permite caminar en una nueva vida, para Pedro no es dar menos que si tuviera tanto oro y tanta plata. Pedro sabe que puede dar mucho más que oro y plata. Por eso su pobreza es su tesoro más preciado porque en ella posee al Resucitado. Y su mano vacía, que no puede dar nada, es libre de levantar al hombre que no puede caminar solo, transmitiéndole la fuerza del Redentor.

También nosotros, monjes y monjas, debemos estar atentos a no reducirnos a querer dar sólo "plata y oro", es decir, valores humanos, ya sean materiales, intelectuales o espirituales, cuando siempre podemos dar a Cristo y su poder salvador. Tenemos a Jesús para dar al mundo: ¿qué queremos dar más, mejor? Pero a menudo nosotros mismos somos los primeros en no apreciar el don que Cristo nos hace de sí mismo, de su presencia y de su amor. Si no somos conscientes del valor infinito del don de Jesús, nos veremos reducidos a dar plata y oro, que en comparación con Cristo valen menos que la paja.

Pedro dice: "En nombre de Jesucristo, el Nazareno, ¡levántate y camina!". El tesoro que Pedro tiene y da, el tesoro de la Iglesia, el tesoro del Papa Francisco, es Jesús "Nazareno": el pobre, manso y humilde Jesús de Nazaret, el hijo de María y José.

Y nosotros, ¿lo tenemos? ¿Poseemos a Jesús en la cotidianidad de Nazaret, el Jesús de Galilea, donde incluso como resucitado amaba manifestarse a sus discípulos, siempre pobre y sencillo como cuando vivía y trabajaba en la casa de José el carpintero?

Nuestra mayor riqueza es la pobreza humilde de Cristo. Y sólo esto nos hace útiles a la humanidad, porque el mundo entero no necesita nada más que a Él, el pobre Señor de la vida que sólo los pobres de corazón pueden dar. Dando a Cristo con humildad nos convertimos a nosotros mismos en un don de Dios.

Dejarse arrebatado y dar por el Espíritu Santo

Por esta razón, la pobreza de corazón, en la que la Virgen María es nuestra madre y maestra, es la obra más eficaz de renovación del mundo.

Pienso en el ejemplo del diácono Felipe descrito en los Hechos de los Apóstoles. Leemos que, después de evangelizar y bautizar al funcionario etíope, “el Espíritu del Señor arrebató a Felipe”, de modo que “se encontró en Azoto y fue anunciando la Buena Nueva en todos los poblados hasta que llegó a Cesarea” (Hch 8,39-40).

Felipe es tan dócil al Espíritu Santo (cf. Hch 8,26-30) que el Espíritu se siente libre de “arrebatarlo” y llevarlo inmediatamente de una región a otra, de una misión a otra.

¿Qué significa este “arrebato” del Espíritu? No es tanto un éxtasis que abstrae al discípulo de la realidad, sino de un ser tomado al servicio del Evangelio de Jesús. El éxtasis de Felipe tiene la forma y la sustancia del servicio, de la diaconía, de la misión, de la evangelización. Felipe está arrebatado de sus planes y trabajos para ser un servidor del plan y del trabajo de Dios.

Felipe es un hombre libre por vivir sin todo aquello que pesa y ata la vida. Es como una pluma que el viento de Dios lleva a donde quiere. Si el Espíritu puede llevarlo del camino de Gaza a Azoto, significa que Felipe tenía consigo sólo a sí mismo, nada más. Era libre de todo lo que impide al Espíritu Santo llevarnos al servicio sin vacilación y sin demora.

Ser arrebatado de esta manera por el Espíritu Santo es una experiencia a la que todos estamos llamados, cada uno según el carisma, la forma y las circunstancias de su vocación y misión de vida. Se trata de estar personalmente involucrados en Pentecostés, convirtiéndonos en miembros vivos de la Iglesia, del Cuerpo de Cristo que tiene la forma visible del Pueblo de Dios.

Muchas personas y comunidades atestiguan que en estos meses han hecho una experiencia preciosa de despojarse de lo superfluo, a todos los niveles, y de concentrarse en lo esencial que les ha liberado de tantas cargas y proyectos innecesarios. Ahora deseamos continuar el camino con esta libertad disponible para el servicio para el cual el Espíritu de Jesús quiere arrebatarnos en cada momento.

Ayudémonos todos, con la oración y el compartir fraterno del testimonio y de la corrección, a estar en el mundo como el polen que el soplo del Resucitado esparce para fecundar la tierra, para que dé los frutos de la nueva primavera que todos esperan y sólo el Paráclito puede hacer germinar.



Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist